



Abya Yala Caribe



REVISA DIGITAL

JUNIO 2019 / VOLUMEN 02

Enclave Femenina

● Centro de Estudios Caribeños /
Universidad de Oriente ●

● Cumaná - Venezuela ●

**Abya Yala Caribe
Revista Digital**

Mayo/Vol. 2

Monográfico

En-Clave Femenina

Abya Yala Caribe Revista Digital, Junio/Vol. 2./2019. Monográfico En-Clave Femenina

Abya Yala Caribe Revista Digital

CENTRO DE ESTUDIOS CARIBEÑOS
UDO-SUCRE
2019

Reflexiones sobre la memoria, la identidad y el patrimonio cultural

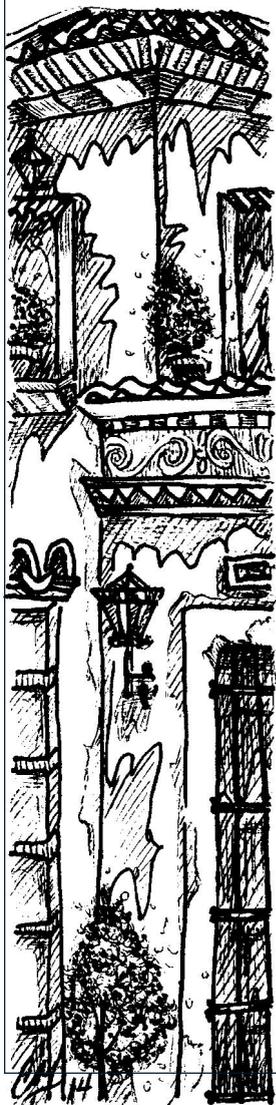
Ana I. Ramos

Centro de Estudios Caribeños, Universidad de Oriente.
Cumaná, Venezuela.

Email:

Resumen

Este trabajo aborda la reflexión sobre la inespecificidad epistemológica que ofrece la memoria en relación con la identidad y el patrimonio cultural, problema que ha generado ambigüedades y conflictos en el reconocimiento y valoración de este último, a partir de las ideas de Pierre Nora y Joel Candau, así como otros investigadores en el contexto latinoamericano. A través de la correlación de ideas se entabla un diálogo que además agrega el debate sobre la injerencia de aspectos externos a la misma memoria (pero posibilitados por su naturaleza) que imponen lecturas y tergiversaciones producto de intereses y/o consensos entre sectores. Como resultado se cuestiona la responsabilidad y el compromiso del investigador ante esta situación, demandando de él una actitud crítica que, sin desconocer ni simplificar su



complejidad, le permita comprender las particularidades del objeto de estudio.

Palabras clave: memoria, identidad, patrimonio cultural.

*Identidad, memoria, patrimonio
las tres palabras clave de la conciencia contemporánea
las tres caras del nuevo continente Cultura*
Pierre Nora

La crisis representacional que el siglo XX nos legó ha puesto el acento sobre la forma cómo la humanidad había venido interactuando política, social y culturalmente. Lo que ha sido llamado el reconocimiento de las minorías, el cuestionamiento de la representatividad del Estado y las críticas hacia el amordazamiento en que las instituciones hegemónicas mantuvieron a los sectores de la periferia social, propició un debate reaccionario desde segunda mitad del siglo pasado que ha servido para exhibir inconsistencias y conflictos entre diferentes grupos sociales.

Así, la individualidad que nos propone el mito de Narciso como paradigma y el caos generado por el fracaso de proyectos modernizadores que no sólo vendieron la tecnificación y el progreso como el camino hacia la dicha sino que forjaron las condiciones para una conciencia fragmentaria y carente de profundidad, fueron además terreno próspero para un proceso globalizador que aún socava la identidad de los pueblos en aras de un mercado global. Bajo la óptica de este último, la diversidad cultural se estigmatiza y exhibe como obstáculo para el desarrollo de las sociedades, las cuales deben propender hacia la homogenización y el desapego a lo local con miras a un mundo más “interconectado y paritario” (en teoría).

En este contexto, un concepto re-semantizado de memoria y dimensionado sobre lo colectivo comenzó a articularse para impulsar la promoción y rescate de la identidad y la cultura hacia la segunda mitad del siglo pasado. La cultura popular ha sido desde entonces uno de los puntos centrales de esos proyectos que hoy intentan rescatar el pasado desde un "lugar otro" con respecto a la historia oficial.

Sin embargo, y pese a lo plausible de muchos resultados y de las intenciones manifiestas, las advertencias sobre las debilidades de tales proyectos en función de las limitaciones de la memoria son constantes y materia obligatoria para quienes se interesen por el patrimonio cultural como objeto de estudio.

El objetivo en las próximas líneas es exponer una reflexión sobre los retos que tanto la naturaleza como las paradojas de la memoria imponen a la labor de reconocimiento y valoración del patrimonio cultural. Como campo a investigar o como portadora en sí misma de un conocimiento-legado, la memoria es un aspecto de interés relativamente reciente. Todavía es una extraña y compleja manifestación de una de las capacidades humanas.

Facultad, producto, proceso, construcción, evocación, relación de hechos; histórica, social, colectiva, individual... son algunas de las muchas acepciones y adjetivos que se han vinculado a la memoria; no obstante, más que aprehenderla, ellos han aportado ambigüedad y demostrado cuán poco conocemos aún de sus dimensiones, evidenciando su inespecificidad epistemológica. Esto llevará a Joel Candau (2001:128) a expresar:

Mnemosine, [como] Clío puede ser arbitraria, plural, falible, caprichosa, interpretativa de los hechos que se esfuerza por ordenar y comprender. Como ella, puede recomponer el pasado a partir de "fragmentos escogidos", volverse una apuesta, convertirse en objeto de combates y servir a estrategias partisanas e identitarias.

Deliberar sobre estos complejos rasgos permite sondear las debilidades e intersticios que hacen de la memoria un asunto complejo, esquivo, frágil; profundamente ligado a la experiencia humana. Más justamente en este último aspecto, pues, es en la experiencia donde memoria se entrecruza con un concepto igual de esquivo: identidad, concebida como construcción sociocultural que permite delimitar lo propio de lo ajeno, (Mercado y Hernández, 2010) y se imbrican indisolublemente.

El reconocimiento del carácter social de la memoria, aunado a una noción más amplia y menos excluyente de la identidad, irán

distanciándonos de una acepción de lo patrimonial, vigente en el siglo pasado, que centraba su atención en los bienes de naturaleza tangible para incorporar la valoración por una herencia que “no se limita a monumentos y colecciones de objetos, sino que comprende también tradiciones o expresiones vivas heredadas de nuestros antepasados y transmitidas a nuestros descendientes” (UNESCO). Surge de ese modo la categoría de patrimonio cultural, que en palabras de Gómez y Pérez (2011: 263) adquiere sentido como:

[H]erencia cultural legada y recibida por una determinada sociedad, herencia que debe incluir todos los elementos culturalmente producidos por el hombre, poseedores de determinadas cualidades y valores que los han hecho permanecer en el tiempo y que contienen los elementos de la identidad cultural de esa sociedad

Con independencia de la intangibilidad o no del legado patrimonial se reconoce la capacidad de las manifestaciones propias de regiones para congregarse e intereses colectivos, trasluciendo además un carácter único y particular.

En esta materia, el juego entre la persistencia (el recuerdo) y la ocultación/pérdida (el olvido) ha determinado la valoración, reconocimiento, identificación y la sensibilidad sobre el patrimonio. Entonces, ¿qué es la memoria?

Pierre Nora en Corradini (2006) define la memoria en contraposición a la historia:

Siempre es portada por grupos de seres vivos que experimentaron los hechos o creen haberlo hecho. La memoria, por naturaleza, es afectiva, emotiva, abierta a todas las transformaciones, inconsciente de sus sucesivas transformaciones, vulnerable a toda manipulación, susceptible de permanecer latente durante largos períodos y de bruscos despertares. La memoria es siempre un fenómeno colectivo, aunque sea psicológicamente vivida como individual.

Es comprensible que se manifestase un impulso humano por dotar a los recuerdos de sistematicidad y regularlos a través de una disciplina: la historia. La memoria, tal como la conciben Nora (2008) y Candau (2001): mutable, inconstante, sugestionable, huidiza e imprevisible; es

un objeto inmanejable bajo las tradicionales formas de registro e inconsistente con una percepción de la ciencia anclada en lo tangible y cuantificable.

En oposición a la red de intereses que hasta el siglo XX institucionalizó la historia como registro fiel del pasado, transformándola incluso en un dispositivo de control de la verdad, la memoria se erige como recurso arbitrario y falible que aspira verosimilitud (Mendoza, 2008: 159) en medio de la inexactitud y la ficción (Halbwachs, 2004:128).

Estas cualidades revisten de paradojas a todas las manifestaciones que se vinculan a la actividad memorística, de allí que tenga poca relevancia pensar en términos de verdad o fidelidad los productos del recuerdo. Sin embargo, salvando los no pocos problemas y oprobios epistemológicos y metodológicos que rodean este tema, los investigadores han encontrado en la memoria un instrumento para acceder a la cultura, entendida ésta no desde posiciones elitistas que desdeñan lo popular y lo relegaban al olvido, sino como costumbres, creencias, valores y prácticas sociales inherentes a un grupo determinado que son producto de complejos procesos de construcción, socialización e interpretación. Lo arbitrario y lo falible se ha transformado en un objeto de especial interés por cuanto permiten comprender el difícil entramado que relaciona a los sucesos, los sujetos y su medio.

La interpretación que los colectivos hacen de sus recuerdos (a partir de lugares más o menos distantes del registro hegemónico e, incluso, bajo registros disímiles no autorizados o que se sobreponen a la historia oficial) revela las particularidades y el carácter como grupo. Allí, donde la objetividad, la precisión y la petrificación del evento no son categorías impuestas o deseables, se manifiestan las voces, las aspiraciones y los modos de ser individuales y grupales.

En este punto de la reflexión es inevitablemente introducir a una de las advertencias más repetidas en atención a la memoria y el legado cultural: el carácter procesual e imprevisible de ambos, en tanto materia viva. En palabras de Nora (2008: 194):

Los usos sociales de la memoria son tan diversos y



variados como las lógicas identitarias, pero los mecanismos de ese recurso así como los motivos de su sacralización son siempre los mismos: la confrontación de los grupos en incesante cambio, en el fondo consolidado en incesante reactivación. Esta confrontación es a menudo polémica y conflictiva, como lo podría mostrar, en particular, la memoria judía, siempre más o menos contestataria. Es una exigencia de reconocimiento que hace de la memoria no un acervo definitivo, un repertorio cerrado, sino --habiéndose la memoria de unos convertido en la memoria de todos- un campo de fuerzas en perpetua elaboración y en constante reajuste

En el mismo proceso incesante de reconstruir una experiencia lo individual se va fusionando con los recuerdos colectivos para articular formas de cohesión grupal que se traducen en identidades y formas de apropiación y reconocimiento de un pasado que se erige en el presente. La memoria hace posible rastrear experiencias no vividas directamente por el sujeto, mas inscritas en un marco axiológico-referencial que le ha sido legado por su comunidad. Fue el reconocimiento de esta pluralidad lo que en principio daría origen a las investigaciones de Maurice Halbwachs (2004) sobre memoria colectiva y que todavía hoy propicia el debate entre diferentes académicos.

Obviamente la capacidad de la memoria para congrega y fusionar lo individual y lo colectivo es la circunstancia indispensable para la gestación de los bienes patrimoniales tanto tangibles como intangibles. La experiencia, el recuerdo y el uso son las condiciones que posibilitan la conexión epistémica y emocional que nos vincula a las manifestaciones y objetos. Pero éste no es un asunto simple de abordar. Supone la intervención de elementos de orden factual, interpretativos, afectivos, entre otros, que conectan indistintamente hechos y bienes materiales con la imaginación y el sentir.

Si Candau (2001:127) afirma que la memoria "está cruzada por el desorden de la pasión, de las emociones", Beatriz Sarlo (2005: 9) advierte que el recuerdo "como el olor, asalta incluso cuando no es convocado". Hay fuerzas incontrolables que operan sobre la capacidad de recordar u olvidar que no siempre estarán claras ni podrán comprenderse fuera del espacio de su producción. Algunas de ellas quizá tardarán mucho más que otras en revelárenos y dárenos a entender.

Como revés de esta moneda, es un hecho que la memoria colectiva está siendo empleada como dispositivo para la promoción de proyectos hegemónicos y políticas de Estado destinadas a favorecer intereses económicos. Retornando a la frase de Candau (2001), la memoria puede: "volverse una apuesta, convertirse en objeto de combates y servir a estrategias partisanas e identitarias"

No es una verdad oculta que la promoción del patrimonio cultural en ocasiones ha sido utilizada para fines poco altruistas o que, en apariencia, favorecen proyectos ajenos a la misma colectividad. Al respecto, una interesante reflexión es la que realiza Fernando Acevedo

(2011: 143); por considerarla importante a los fines del desarrollo de este tema se citará en extenso:

Si se acepta que la adjudicación de un valor patrimonial a un bien inmaterial participa en el proceso de construcción de identidades colectivas, ¿no resultará más relevante poner el foco de investigación, precisamente, en esas prácticas de producción de identidades colectivas? ¿Es legítimo plantear (nos) que quizás pueda existir algún sentido comercial operando en tales prácticas de producción de identidades colectivas –bajo la forma de producción de bienes culturales de valor patrimonial–? ¿Es legítimo plantear (nos) que quizás pueda resultar funcional para ciertos sectores sociales producir espacios simbólicos caracterizados como patrimoniales? O, dicho de otro modo, ¿habremos de admitir, con Le Goff (1991), que “la memoria no es sólo una conquista: es también un instrumento y una mira de poder”?

En consecuencia, como sugiere Acevedo, leer bajo el signo de la candidez la recuperación y revaloración actual de la memoria es inadmisibile. Así también lo han advertido Hernán Morel (2011) al considerar las implicaciones que llevó la declaratoria del tango como bien patrimonial, y Mario Melara (2011) al analizar la posible propuesta de nombrar al payaso Chirajito como bien inmaterial de El Salvador.

La selección, exclusión o adopción de un bien patrimonial son procesos que responden a intereses económicos y políticos propios de las mismas instituciones que finalmente les impulsan y legitiman o rechazan; estos algunas veces responden a pactos tácitos entre diferentes grupos sociales, gubernamentales, culturales o religiosos. En otras palabras, la cultura popular se transformó en el siglo XX en un producto de mercado y un recurso para apoyar proyectos políticos sustentados (en muchas ocasiones) por la aceptación consensual o naturalizada de su conveniencia y la tergiversación del recuerdo.

Hoy la valoración no es un aspecto que involucre solamente la propia relación entre los sujetos y su cultura. La memoria, la identidad y el patrimonio se reconocen como capital simbólico en aras de una preservación que intenta delimitar y etiquetar lo que por naturaleza resiste cualquier forma de dominación y aprehensión.

En síntesis, no es posible dejar al margen la carga política, económica y cultural que en el contexto de la posmodernidad algunos poderes hegemónicos detentan sobre la recuperación y el privilegio del recuerdo, incluso si se sustentan en la aprobación del colectivo. Pensar en la consagración del patrimonio cultural debe llevar forzosamente a cuestionar los criterios de legitimidad y construcción que sustentan tal labor. Sólo cuando los dilemas éticos y humanos que rodean esta tarea sean resueltos se podrá realmente pensar en ese continente, ese "mantener juntos", que la cultura propiciaría a través de una conciencia de lo identitario, memorístico y patrimonial.

La globalización es una amenaza política incuestionable, pero tanto o más lo son los atropellos hacia la diversidad y la cultura realizados desde los mismos sectores que se adjudican el deber de defenderle.

Únicamente en la medida que el investigador sea capaz de despojarse de las pretensiones de objetivación y aprehensión le será posible acceder a los estadios más significativos de la memoria, la identidad y el patrimonio de los pueblos. El reto que se le plantea es no cerrar los ojos ante las limitaciones de la memoria, ni solaparse bajo ellas o dejarse llevar por sus caprichos. Sin coto ni intervenciones y con todos sus vicios, el reto es permitirle hablar a la memoria de lo que somos.

Referencias

- ACEVEDO, F. (2011). ¿Elitismo cultural, demagogia populista o tecnocracia aséptica? Sobre la legitimación en la determinación del patrimonio cultural local en Apuntes. Bogotá, Colombia. 24 (2): 138-151.
- CANDAU, J. (2001). Memoria e identidad. Buenos Aires: Del Sur.
- CORRADINI, L. (2006) “No hay que confundir memoria con historia’, dijo Pierre Nora”. La Nación, Buenos Aires, Argentina: 15 de Marzo.
- GÓMEZ, L. Y PEREZ, K. (2011) Reflexiones sobre patrimonio cultural. Lo inmaterial del centro histórico de Camagüey, patrimonio mundial en Apuntes. Bogotá, Colombia. 24 (2): 260-275
- HALBWACHS, M. (2004). La memoria colectiva. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza
- MELARA, M. (2011). Arte popular, culturas híbridas y patrimonio inmaterial en el Salvador. El caso particular del payaso Chirajito. en Apuntes. Bogotá, Colombia, 24 (2): 208-221
- MENDOZA (2008). El pasado en disputa: historia y memoria como marcos de la enseñanza en Boletín Electrónico de Investigación de la Asociación Oaxaqueña de Psicología. México, 1 (4): 155-171
- MERCADO, A. Y HERNÁNDEZ, A. (2010). El proceso de construcción de la identidad colectiva en Convergencia. México. 53: 229-251.
- MOREL, H. "Milonga que va borrando fronteras". Las políticas del patrimonio: un análisis del



tango y su declaración como patrimonio cultural inmaterial de la humanidad en *Intersecciones en Antropología*. Buenos Aires, Argentina. 12 (1), 163-176.

NORA, P. (2008), *Les lieux de mémoire*, prólogo de José. Rilla, Montevideo: Trilce

SARLO, B. (2005). *Tiempo Pasado*. Buenos Aires: Siglo XXI

